

Pecados Secretos

No. 116

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 8
DE FEBRERO, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Líbrame de los que me son ocultos.”
Salmo 19:12.***

***“Absuélveme de los que me son ocultos.”
Biblia de las Américas.***

La justicia propia surge en parte del orgullo, pero principalmente de la ignorancia de la ley de Dios. Debido a que los hombres conocen muy poco o nada del terrible carácter de la ley divina, se imaginan justos insensatamente. No están conscientes de la profunda espiritualidad, de la rigurosa severidad de la ley, pues de lo contrario tendrían nociones diferentes y de mayor sabiduría. Si supieran cuán estrictamente la ley juzga los pensamientos, cómo se involucra con cada emoción del hombre interior, no habría ninguna criatura bajo el cielo de Dios, que se atreviera a considerarse justa delante de Dios, en virtud de sus propias obras y pensamientos. Basta que la ley sea revelada a un hombre, basta que sepa cuán estricta es la ley y cuán infinitamente justa, para que su justicia propia se marchite hasta convertirse en nada. Su justicia propia será un harapo inmundo a sus ojos, cuando antes la consideraba un vistoso abrigo.

David, habiendo visto la ley de Dios, y habiéndola alabado en este Salmo que hemos leído aquí el día de hoy, al reflexionar en su excelencia, fue conducido a formular esta pregunta: “¿Quién podrá entender sus propios errores?” Y luego ofrece esta oración, “Absuélveme de los *que me son ocultos.*”

En el Concilio Lateranense de la Iglesia de Roma (1), se aprobó un decreto que establece que todo creyente verdadero debe confesar anualmente sus pecados, todos sus pecados, a un sacerdote, y se agregó a ese decreto la declaración que no hay esperanza de perdón si no se cumple con el decreto. ¿Qué podría igualar el disparate de un decreto como ese? ¿Acaso suponían que los hombres pueden decir sus pecados tan fácilmente como pueden contar sus dedos? Vamos, si pudiéramos recibir el perdón de todos nuestros pecados, diciendo cada pecado que hemos cometido en una hora, ninguno de nosotros podría entrar al cielo, puesto que, además de los pecados que nos son conocidos y que podemos ser capaces de confesar, hay un vasto conjunto de pecados que son tan verdaderos pecados como los que podemos observar, pero que están escondidos y pasan desapercibidos delante de nuestros ojos. ¡Oh!, si tuviésemos ojos como los de Dios, tendríamos una opinión propia muy diferen-

te. Los pecados que vemos y confesamos, son como las pequeñas muestras que el granjero trae al mercado, tomadas del granero que está repleto en su casa. No tenemos sino unos cuantos pecados que podemos observar y detectar, comparados con todos aquellos que están escondidos de nosotros y que tampoco son vistos por nuestros semejantes.

No dudo que sea una verdad aplicable a todos los que estamos aquí, que en cada hora de nuestra existencia en la que desarrollamos una actividad, cometemos decenas de miles de impiedades por las cuales la conciencia nunca nos ha remordido, porque nunca las hemos visto como cosas malas, en virtud de que no hemos estudiado las leyes de Dios como deberíamos hacerlo.

Ahora, tenemos que aceptar que pecado es pecado, ya sea que lo veamos o no. Un pecado, aunque sea desapercibido, es un pecado tan real como si advirtiéramos que es pecado, aunque no es un pecado tan grave a los ojos de Dios como si lo hubiéramos cometido deliberadamente, en vista que carece del agravante de la intención. Todos los que conocemos nuestros pecados, ofrezcamos esta oración después de cada una de nuestras confesiones: “Señor, he confesado todos los pecados que me son conocidos, pero debo agregar un etcétera después de ellos, diciendo: ‘Absuélveme de los *que me son ocultos*.’”

Sin embargo, esa no será la esencia de mi sermón de hoy. Mi objetivo es una cierta clase de hombres que tienen pecados no desconocidos para ellos, pero que los mantienen en secreto delante de sus semejantes. Cada vez y cuando levantamos una hermosa piedra colocada sobre el verde césped de la iglesia profesante, bordeada por la espesura de una bondad aparente, y para nuestro asombro, encontramos debajo de ella todo tipo de insectos inmundos y reptiles aborrecibles, y en nuestro disgusto frente a tanta hipocresía, exclamamos: “todos los hombres son unos mentirosos; no hay nadie en quien podamos depositar nuestra confianza.” No sería justo aplicar ese calificativo a todos; pero realmente, los descubrimientos que se hacen sobre la insinceridad de nuestros semejantes, son suficientes para que los despreciemos, pues pueden ir muy lejos en cuanto a las apariencias, y sin embargo albergan muy poca pureza de corazón. A ustedes, señores, que pecan en secreto, pero que hacen profesión de fe; a ustedes que quebrantan los pactos de Dios en la oscuridad, pero que se ponen máscaras de bondad cuando están en la luz; a ustedes, señores, que cierran las puertas y cometen impiedades en secreto; a ustedes voy a predicar esta mañana. Oh, que Dios se agrade en hablarles también, y los conduzca a decir esta oración: “Absuélveme de los *que me son ocultos*.”

Me esforzaré por exhortar a todos los hipócritas, pidiéndoles que abandonen, que renuncien, que detesten, que odien, que aborrezcan todos sus pecados secretos. Y, primero, me voy a esforzar para mostrar *la insensatez de los pecados secretos*; en segundo lugar, *la miseria de los pecados secretos*; en tercer lugar, *la culpa de los pecados secretos*; en cuarto lugar, *el peligro de los pecados secretos*; y luego intentaré aplicar

algunas palabras a manera de remedio, para que todos nosotros recibamos la gracia de evitar los pecados secretos.

I. Primero, entonces, LA INSENSATEZ DE LOS PECADOS SECRETOS.

Hipócrita, eres hermoso cuando se te ve; tu conducta exterior es recta, afable, liberal, generosa y cristiana; pero te entregas a algún pecado que el ojo del hombre no ha detectado todavía. Tal vez es la borrachera en privado. Tú denigras al borracho cuando se tambalea por las calles; pero tú puedes entregarte a la borrachera en privado. Puede ser cualquier otro apetito o vicio; no me corresponde especificar cuál es en este momento. Pero, hipócrita, te decimos que eres un necio cuando piensas en albergar un pecado secreto. Eres un necio por una razón especial, que tu pecado no es un pecado secreto; *es conocido*, y será revelado un día; tal vez, muy pronto. Tu pecado no es un secreto; el ojo de Dios lo ha visto; tú has pecado delante de Su rostro. Tú has cerrado la puerta, has corrido las cortinas, y te has ocultado del ojo del sol, pero el ojo de Dios traspasa la oscuridad; la sombra que te rodeaba era tan clara como la luz del mediodía de verano para el ojo de Aquel que ve todas las cosas. ¿Acaso no sabes, oh hombre, que “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que rendir cuentas”?

Cuando el sacerdote hundía su cuchillo en las entrañas de su víctima, descubría el corazón y el hígado, y todo lo que estaba contenido dentro. Así eres tú, oh hombre, visto por Dios, cortado en dos mitades por el Todopoderoso. No tienes ninguna cámara secreta donde te puedas esconder. No tienes ningún sótano oscuro donde puedas encubrir tu alma. Cava profundo, ay, tan profundo hasta llegar al infierno, pero no podrás encontrar suficiente tierra sobre el globo terráqueo para cubrir tu pecado; si pudieras reunir montañas sobre la tumba de ese pecado, esas montañas contarían el secreto de quién está bajo sus entrañas. Si pudieras arrojar tu pecado al mar, mil olas susurrantes contarían el secreto. No es posible que lo escondas de Dios. Tu pecado está fotografiado en el alto cielo. El acto, cuando fue cometido, fue fotografiado en el cielo y allí permanecerá, y un día tú serás revelado al ojo curioso de todos los hombres, como un hipócrita y un falso, que cometiste el pecado en un supuesto secreto, aunque eras observado por Jehová que todo lo ve.

Oh, cuán insensatos son los hombres cuando piensan que pueden hacer algo en secreto. Este mundo es semejante a esas colmenas de cristal, dentro de las cuales trabajan las abejas: las podemos observar, y vemos todas las operaciones de esas criaturitas. Así, Dios mira desde arriba y lo ve todo. Nuestros ojos son débiles. No podemos ver en la oscuridad. Pero Su ojo, como un orbe de fuego, traspasa las tinieblas. Él lee los pensamientos del hombre y ve sus actos, cuando cree que está muy escondido.

Oh, este pensamiento bastaría para refrenarnos de todo pecado, si verdaderamente lo aplicáramos a nosotros: “¡Tú eres Dios que ve!” ¡Ladrón, detente! Deja eso que te has robado. ¡Dios te ve! Ningún ojo de detección en la tierra te ha descubierto, pero los ojos de Dios te están mirando ahora a través de las nubes. ¡Blasfemo! Aquellas personas que te

preocupan no oyeron tu juramente, pero Dios sí lo escuchó; penetró en los oídos del Señor Dios de los ejércitos. ¡Ah!, tú, que llevas una vida inmundada, y sin embargo pareces un comerciante respetable que muestra a los hombres un carácter afable y bueno. Tus vicios son todos conocidos y están escritos en el libro de Dios. Él guarda un diario de todos tus actos. Y qué pensarás en aquel día cuando una muchedumbre esté reunida, comparada con la cual, esta inmensa multitud no es sino una gota en un balde, y Dios lea la historia de tu vida secreta, y los hombres y los ángeles la escuchen. Estoy seguro que no hay nadie a quien le guste que se lean todos sus secretos, en especial, nuestros secretos pensamientos.

Si yo eligiera de entre esta congregación al hombre más santo, y le pidiera que pasara al frente y le dijera: “bien, señor, yo conozco todos sus pensamientos, y estoy a punto de contarlos,” estoy seguro que me ofrecería el soborno más grande que pudiera conseguir, para que yo ocultara al menos algunos de ellos. “Cuenta,” me diría, “mis acciones; de ellas no me avergüenzo; pero no cuente mis pensamientos ni mis imaginaciones: de ellos siempre estaré avergonzado delante de Dios.” Cuán grande, entonces, pecador, será tu vergüenza cuando tus lascivias secretas, tus transgresiones privadas, tus crímenes ocultos sean anunciados desde el trono de Dios, y publicados por Su propia boca, y con una voz más fuerte que mil truenos sean predicados a los oídos del mundo congregado. Cuál no será tu terror y confusión entonces, cuando todas las obras que has hecho sean publicadas a la faz del sol, a los oídos de toda la humanidad. Oh, renuncia a la insensata esperanza de sigilo, pues tu pecado ha sido registrado en este día, y será publicado un día en todas las paredes del cielo.

II. A continuación, veamos LA MISERIA DE LOS PECADOS SECRE-TOS.

De todos los pecadores, el hombre que hace una profesión de religión, y sin embargo vive en la iniquidad, es el más miserable. Un impío descarado, que toma un vaso en su mano y dice: “soy un borracho, y no me avergüenzo de serlo,” será indeciblemente miserable en los mundos venideros, pero aunque sea breve, tiene su hora de placer. Un hombre que maldice y dice juramentos, y afirma: “Esa es mi costumbre, soy un blasfemo,” y hace una profesión de ello, tiene, al menos, algo de paz en su alma; pero el hombre que camina con el ministro de Dios, que está unido a la Iglesia de Dios, que sale delante del pueblo de Dios y se une a él, y luego vive en pecado, ¡cuán miserable debe ser su existencia! Vamos, tiene una existencia peor que el ratón que está en su escondrijo de la sala, y corre a escondidas para recoger las migajas, y luego regresa velozmente a su agujero. Tales hombres deben apresurarse a salir para pecar de vez en cuando; y ¡oh, cuán temerosos están de ser descubiertos! Un día, tal vez, se muestra su carácter, pero con maravillosa astucia se las arreglan para esconderlo y disimularlo; pero al siguiente día otra cosa vuelve a suceder, y viven en constante temor, diciendo mentira tras mentira, tratando de que la última mentira sea convincente, agregando engaño tras engaño, para que los demás no los descubran—

**“Oh, es una enmarañada tela la que tejemos,
Cuando una vez nos aventuramos a engañar.”**

Si voy a ser un impío, llevaré la vida de un pecador fanfarrón, que peca delante de la faz del día; pero, si pecco, no voy a actuar como un hipócrita y un cobarde. No voy a profesar ser de Dios, mientras gasto mi vida para el diablo. Esa forma de engañar al diablo es algo de lo que todo pecador honesto deberá avergonzarse. Dirá: “Ahora, si en verdad sirvo a mi señor, le serviré de una forma declarada, no fingiré al respecto; si hago una profesión, la cumpliré; pero si no la hago, si vivo en pecado, no voy a disimularlo por medio de hipocresía y engaño.” Algo que ha desjarretado a la iglesia y que ha partido su vigor en dos, ha sido la hipocresía más infame. ¡Oh!, en cuántos lugares hay hombres a quienes podríamos alabar hasta los propios cielos, si creyéramos en sus palabras, pero que arrojaríamos al abismo más profundo si pudiéramos ver sus acciones secretas. ¡Que Dios perdone a cualquiera que esté actuando así!

Yo casi diría que difícilmente podría perdonarle. Yo puedo perdonar al hombre que se entrega al desenfreno abiertamente, y no profesa ser mejor. Pero al hombre que adula, y habla con engaño, y simula, y ruega, y luego vive en pecado, a ese hombre lo odio, no puedo soportarlo, lo aborrezco con toda mi alma. Si se volviera de sus caminos, lo amaría, pero en su hipocresía, es para mí la más aborrecible de todas las criaturas.

Dice un cuento que la rana en verdad lleva un joya en su cabeza, pero este hombre no tiene ninguna, sino que carga con la inmundicia mientras simula estar enamorado de la justicia. Una simple profesión, señores, no es más que ostentación maquillada para ir al infierno; es como los penachos en la carroza fúnebre y los jaeces que llevan los negros caballos que arrastran a los hombres a sus tumbas. Cuidense, por sobre todas las cosas, de una profesión hecha con cera que no resiste los rayos del sol; eviten una vida que necesita dos caras; debe ser una cosa o la otra. Si te decides a servir a Satanás, no pretendas servir a Dios; y si sirves a Dios, sírvele de todo corazón. “Ninguno puede servir a dos señores;” no lo intenten, no se empeñen en hacerlo, pues ninguna vida será más miserable que esa. Por sobre todas las cosas, eviten cometer actos que sea preciso esconder.

Hay un singular poema escrito por Hood, llamado “El Sueño de Eugenio Aram,” una poesía sumamente notable en verdad, que ilustra el punto sobre el que estoy reflexionando. Aram ha asesinado a un hombre y ha tirado su cuerpo al río: “una lenta corriente, negra como tinta, profunda en extremo.” Al día siguiente visita la escena de su culpa—

**“Y buscó la negra poza maldita,
Con una desordenada mirada recelosa;
Y vio al muerto en el lecho del río,
Pues el infiel curso estaba seco.”**

Luego cubrió el cadáver con montones de hojas, pero un viento violento cubrió el bosque dejando el secreto a la intemperie y bajo el sol:

**“Entonces caí rostro en tierra,
Y por primera vez comencé a llorar,
Pues entonces supe que mi secreto era uno**

***Que la tierra rehusaba guardar,
En suelo o mar, aunque estuviera
A diez mil brazas de profundidad.”***

Él profetiza que será descubierto en notas quejumbrosas. Enterró a su víctima en una cueva y la cubrió con piedras, pero cuando los años completaron su cansada ronda, el hecho macabro fue descubierto y el asesinato fue ejecutado.

La culpa es un “chambelán ceñudo,” aun cuando sus dedos no estén teñidos de sangre. Los pecados secretos traen ojos afebrados y noches de insomnio, hasta que los hombres apagan sus conciencias, y se tornan realmente maduros para la fosa. La hipocresía es un juego difícil de jugar, pues se trata de un engañador ante muchos observadores; y ciertamente es un intercambio miserable, que conducirá al fin, como su cierto clímax, a una tremenda bancarrota. ¡Ah!, ustedes que han pecado sin ser descubiertos, “estén seguros que su pecado los encontrará;” y consideren que puede encontrarlos antes de que pase mucho tiempo. El pecado, como el asesinato, será descubierto; los hombres cuentan sus historias inclusive en sus sueños. Dios ha compungido de tal manera algunas veces a los hombres en sus conciencias, que han sido obligados a pasar al frente y confesar la historia.

¡Pecador secreto! Si quieres el gusto anticipado de la condenación en la tierra, continúa con tus pecados secretos, pues nadie es más miserable que el que peca secretamente pero trata de preservar su imagen. Aquel ciervo, perseguido por sabuesos sangrientos, con las fauces abiertas, es mucho más feliz que el hombre que es perseguido por sus pecados. Aquel pájaro, atrapado en la red del cazador, y luchando por escapar, es mucho más feliz que aquel que se ha tejido a su alrededor una red de engaño, y se esfuerza por escapar de ella día con día haciendo que los trabajos sean más difíciles y la red se haga más fuerte. ¡Oh, la miseria de los pecados secretos! En verdad, uno puede orar, “Líbrame de los que me son ocultos.”

III. Y ahora, a continuación, la culpa, LA SOLEMNE CULPA DEL PECADO SECRETO.

Ahora, Juan, tú crees que no hay nada malo en una cosa hasta que alguien la vea, ¿no es cierto? Sientes que es un gran pecado que tu jefe te descubra robando del cajón donde guarda su dinero, pero que no es pecado si no te descubre, ningún pecado. Y usted, señor, se imagina que es un pecado grave hacer trampas en el negocio, si es descubierto y llevado a la corte; pero hacer fraudes sin ser descubierto nunca, eso está muy bien: no diga nada al respecto, señor Spurgeon, se trata de negocios; usted no debe inmiscuirse en los negocios; los fraudes que no son descubiertos, no deben representar ningún problema para usted. La medida común del pecado es su notoriedad. Pero yo no creo en eso. Un pecado es un pecado, ya sea que se cometa en privado o delante del ancho mundo.

Es muy singular cómo los hombres miden la culpa. Un obrero del ferrocarril pone una señal equivocada y hay un accidente; el hombre es

juzgado y es severamente censurado. El día anterior también había puesto la señal equivocada, pero no hubo ningún accidente, y por tanto nadie lo acusó por su descuido. Pero era exactamente lo mismo, accidente o no accidente; el accidente no generó la culpa, sino el acto; no fue su notoriedad y ni siquiera su consecuencia. Era su responsabilidad haber tenido cuidado. Y era tan culpable la primera vez como lo fue en la segunda instancia, pues expuso negligentemente vidas humanas. No midan el pecado por lo que otras personas digan de él; sino mídanlo por lo que Dios dice de él, y lo que les digan sus propias conciencias.

Ahora, yo sostengo que el pecado secreto, en todo caso, es el peor de los pecados, porque el pecado secreto implica que el hombre que lo comete tiene anidado al ateísmo en su corazón. Se preguntarán cómo puede ser eso. Yo respondo que podrá ser un cristiano que profesa, pero le diré en su cara que es un ateo práctico, si se esfuerza por mantener una profesión respetable delante del hombre, y luego transgrede en secreto. Díganme, ¿acaso no es un ateo el que dice que hay un Dios, pero al mismo tiempo le da más importancia al hombre que a Dios? ¿Acaso no es la propia esencia del ateísmo, no es una negación de la divinidad del Altísimo, cuando los hombres valoran con ligereza a Dios y dan más importancia al ojo de la criatura que a la observación de su Creador? Hay personas que por nada del mundo dirían una mala palabra en presencia de su ministro, pero lo pueden hacer cuando saben que Dios los está viendo. Esos son ateos. Hay algunos que no harían trampas en los negocios por nada del mundo si supieran que serían descubiertos, pero pueden hacerlo mientras Dios está con ellos; esto es, valoran más el ojo del hombre que el ojo de Dios; y piensan que es peor ser condenados por el hombre, que ser condenados por Dios. Llámenlo como quieran, su nombre correcto es ateísmo práctico. Es deshonar a Dios; es destronarle; es ponerlo por debajo de Sus propias criaturas; y ¿qué es eso sino negarle Su divinidad?

Hermanos, les imploro que no incurran en la terrible culpa de los pecados secretos. Ningún hombre puede pecar poco en secreto, pues en verdad engendrará más pecados. Nadie puede ser un hipócrita y sin embargo tener una culpa moderada. Irá de mal en peor, y continuará así, hasta que cuando su culpa sea publicada, será descubierto como el peor y más endurecido de los hombres. Atribuyan mucha importancia a la culpa del pecado secreto. ¡Ah, si pudiera, ahora predicaría como Rowland Hill lo hacía, haciendo sentir a ciertas personas que les estaba predicando en lo personal, y que temblaran! Se dice que cuando él predicaba, no había ningún hombre junto a la ventana, o en medio de la multitud, o sentado en algún lugar alto, que no dijera: “vaya, me está predicando a mí; me está hablando acerca de mis pecados secretos.” Y cuando proclamaba la omnisciencia de Dios, se dice que los hombres se inclinaban a pensar que estaban viendo a Dios presente corporalmente en medio de ellos, mirándolos. Y cuando terminaba el sermón, escuchaban una voz que susurraba a sus oídos, “¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?”

Yo quisiera poder hacer lo mismo. Hacer que cada hombre se mirara, y descubriera su pecado secreto. Vamos, lector, ¿cuál es? Sácalo a la luz del día; tal vez se muera bajo la luz del sol. A estas cosas no les gusta ser descubiertas. Dile ahora a tu propia conciencia cuál es. Míralo a la cara; confíésalo delante de Dios, y que Él te dé gracia para hacer desaparecer ese pecado y cualquier otro, y ¡volverte a Él con pleno propósito de corazón! Y agrego esto: que tu culpa es culpa, sea descubierta o no, y si acaso hay alguna diferencia, es una culpa mayor, porque ha sido secreta. ¡Dios nos libre de la culpa del pecado secreto! “Absuélveme de los *que me son ocultos*.”

IV. Y miren, a continuación, EL PELIGRO DEL PECADO SECRETO. Un peligro es que un hombre no puede cometer un pecadito en secreto sin que, con el tiempo, se convierta en un pecado público. Si cometes un pecado, es como cuando se derrite el glaciar inferior en los Alpes; los otros lo seguirán. Amontonas hoy una piedra sobre el majano, al día siguiente echas otra, y así sucesivamente, hasta que el montón, erigido piedra sobre piedra, se convierte en una pirámide.

Veán al insecto del coral en su trabajo. Ustedes no pueden decretar donde concluirá su trabajo. No edificará su roca exactamente tan alta como la quieran ustedes, sino que no se detendrá hasta que no esté cubierta de algas, y luego hasta que las algas se decompongan; y luego habrá tierra sobre ella, y finalmente una isla será construida por estas diminutas criaturas.

El pecado no puede ser contenido por el freno y la brida. “Pero yo sólo voy a tomarme un traguito de ven en cuando, sólo voy a estar intoxicado una vez a la semana o algo así. Nadie lo verá; me iré directamente a la cama.” Pronto estarás borracho en las calles. “Únicamente voy a leer un libro lascivo y lo voy a esconder debajo del sofá cuando entre alguien.” Todavía lo mantienes en tu biblioteca, amigo. “Sólo me reúno con esos amigos ocasionalmente.” Luego te reunirás todos los días, tal es su carácter embrujador; no puedes evitarlo. Es igual que le pidas al león que te permita meter tu cabeza en sus fauces. Tú no puedes controlar sus mandíbulas: tampoco puedes regular el pecado. Un vez que te adentras en él, no puedes decir cuándo serás destruido. Podrás ser un individuo tan afortunado que, como Van Amburgh, metas y saques tu cabeza muchísimas veces; pero puedes estar seguro que uno de estos días será una aventura costosa.

Además, puedes empeñarte en esconder tu hábito depravado, pero saldrá a la luz, no puedes evitarlo. Tú guardas tu pequeño pecado favorito en casa; pero fijate bien en esto, cuando la puerta esté abierta de par en par, el perro saldrá a la calle. Cúbrela en tu pecho, pon sobre él pliegue tras pliegue de hipocresía para mantenerlo secreto, pero el desdichado estará cantando algún día cuando estés en compañía de otros; no puedes mantener quieto al pájaro del mal. Tu pecado deambulará lejos; y lo que es peor, no te importará uno de estos días. El hombre que se entrega al pecado en privado, gradualmente vuelve su frente tan dura como el bronce. La primera vez que pecó, las gotas de sudor brotaban de su fren-

te al recordar lo que había hecho; la segunda vez, ya no había sudor caliente en su frente, sólo una cierta agitación del músculo; la tercera vez, había un aspecto solapado y furtivo, pero no había agitación; la siguiente vez, pecó un poco más; y gradualmente se volvió el atrevido blasfemo de su Dios, que llegó a exclamar: “¿Quién soy yo para que tema a Jehová, y quién es Él para que le sirva?”

Los hombres van de lo malo a lo peor. Echa tu barca a la corriente, y seguramente irá a donde la corriente la arrastre. Colócate en el remolino, y serás como una paja en el viento: irás adonde sople el viento, no te puedes controlar. El globo puede remontarse, pero no puede controlar su curso; irá en la dirección que sople el viento. Si tú te montas una vez en el pecado, no hay forma de detenerte. Ten cuidado. Si no quieres convertirte en el peor de los individuos, cuídate de los pecaditos, porque ellos, apilándose unos sobre otros, pueden al fin lanzarte desde la cima y destruir tu alma para siempre. Hay un gran peligro en los pecados secretos.

Pero yo tengo aquí algunos verdaderos cristianos que consienten pecados secretos. Afirman que no es sino un pecadito, y por lo tanto pueden pasarlo por alto. Queridos hermanos, les hablo a ustedes ahora, y me hablo a mí mismo, cuando digo esto: destruyamos todos nuestros pequeños pecados secretos. Son llamados pequeños y si lo son, recordemos que son las zorras, inclusive las zorras pequeñas, las que destruyen nuestros viñedos, pues nuestros viñedos tienen tiernos retoños. Cuidémonos de nuestros pequeños pecados. Un pecadito, como una piedrita en el zapato, hará que el viajero que va al cielo camine con mucha dificultad. Los pecaditos, como ladronzuelos, pueden abrir la puerta a los más grandes que están afuera.

Cristianos, recuerden que los pequeños pecados deterioran su comunión con Cristo. Los pecaditos, como la manchitas en la seda, pueden dañar la fina textura de la comunión. Los pecados pequeños, como las pequeñas irregularidades de una maquinaria, pueden dañar todo el tejido de su religión. Una mosca muerta arruina todo el tarro de unguento. Ese cardo puede llenar todo un continente de cizaña nociva.

Hermanos, matemos nuestros pecados tan pronto los descubramos. Alguien dijo: “El corazón está lleno de pájaros inmundos. Es su jaula.” “Ah,” dijo otro teólogo, “pero no debes hacer una apología de eso, pues la responsabilidad del cristiano es torcerles el cuello.” Y así es. Si hay cosas malas, nuestra responsabilidad es matarlas. Los cristianos no deben tolerar pecados secretos. No debemos albergar traidores; es alta traición en contra del Rey del Cielo. Arrastrémoslos a la luz, y ofrezcámoslos sobre el altar, renunciando a nuestro pecados secretos más queridos, siguiendo la voluntad y el mandamiento de Dios. Hay un gran peligro en el pequeño pecado secreto; por tanto evitémoslo, no pasemos cerca de él, volvámonos de él y huyamos de él, y ¡que Dios les dé gracia para dominarlo!

V. Y ahora, para concluir, voy a exhortar con todo mi poder a algunos de ustedes a quienes Dios ha compungido en sus conciencias. He venido a suplicarles, hasta las lágrimas si fuera posible, que renuncien a sus pecados secretos. Tengo a uno aquí por quien bendigo a Dios; le amo,

aunque no le conozco. Casi está persuadido de ser un cristiano; claudica entre dos opiniones, tiene la intención de servir a Dios, se esfuerza por abandonar el pecado, pero encuentra que es una lucha difícil, y por lo pronto no sabe qué será de él. Me dirijo a él con todo mi amor: amigo mío, ¿conservarás tu pecado y te irás al infierno, o dejarás tu pecado e irás al cielo? Esta es la solemne alternativa: la presento a todos los pecadores que han despertado; que Dios elija por ustedes, de otra manera tiemblo al pensar cuál alternativa podrán elegir. Los placeres de esta vida son tan intoxicantes, sus gozos entrapman de tal manera, que si no recordara que Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, no tendría esperanza en ustedes. Pero confío que Dios decidirá el asunto.

Permítanme poner la alternativa delante de ustedes: por un lado está el júbilo de una hora, una breve vida de dicha, aunque será una pobre, pobre dicha; por otro lado, hay vida eterna y gloria perpetua. De un lado, hay una felicidad transitoria, y después sobrecogedora aflicción; en este caso, hay sólida paz y gozo eterno, y después bienaventuranza sobreabundante. No temo ser considerado un arminiano cuando digo, como dijo Elías: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.” Pero, ahora, hagan voluntariamente su elección; y ¡que Dios les ayude a hacerla! No digan que van a adoptar la religión sin tomar en cuenta primero su costo; recuerden, está su lujuria a la que deben renunciar, su placer que deben abandonar; ¿pueden hacerlo por Cristo? ¿Pueden? Yo sé que no pueden, a menos que la gracia de Dios les ayude para hacer esa elección. Pero ¿pueden decir: “sí, con la ayuda de Dios, yo renuncio a todos los juguetes llamativos de la tierra, a sus pompas, boatos y fruslerías?—

***“Todo esto no puede nunca satisfacer,
Denme a Cristo, o muero.”***

Pecador, nunca te arrepentirás de esa elección, si Dios te ayuda a tomarla; encontrarás la felicidad aquí, y serás tres veces feliz por toda la eternidad.

“Pero,” dirá alguien, “señor, yo tengo la intención de ser religioso, pero no estoy de acuerdo con su rigurosidad.” Yo no pido eso; yo espero, sin embargo, que des el beneplácito a la rigurosidad de Dios, y la rigurosidad de Dios es diez mil veces más grande que la mía. Podrás decir que soy puritano en mi predicación; Dios será puritano cuando juzgue en aquel gran día. Puedo ser percibido como severo, pero nunca podré ser tan severo como lo será Dios. Yo puedo pasar la grada de dientes filosos en tu conciencia, pero Dios pasará gradas de fuego eterno en todo tu ser un día. ¡Yo podré hablar cosas que truenan! Dios no las dirá sino que las lanzará de Sus manos. Recuerden que los hombres se pueden reír del infierno, y decir que no existe; pero deben rechazar sus Biblias antes de creer esa mentira. Las conciencias de los hombres les dicen que—

***“Hay un terrible infierno,
Y dolores eternos;
Donde los pecadores con diablos deben morar,
En tinieblas, fuego y cadenas.”***

Señores, ¿conservarán sus pecados secretos y merecerán el fuego eterno por ellos? Recuerden que no hay opción, o renuncian a todos ellos, o de lo contrario no pueden ser hijos de Dios. No se pueden alcanzar ambas cosas; no puede ser Dios y el mundo, no puede ser Cristo y el diablo; debe ser uno u otro. ¡Oh!, que Dios les dé gracia para renunciar a todos los pecados; pues ¿cuánto valen? Son sus engañadores ahora, y serán sus torturadores para siempre. ¡Oh!, que sus ojos estuviesen abiertos para ver la podredumbre, el vacío y el embuste de la iniquidad. ¡Oh!, que Dios los vuelva a Él. ¡Oh!, que Dios les dé la gracia para atravesar el Rubicón (2) del arrepentimiento en esta misma hora; para que digan: “a partir de ahora es guerra a muerte con mis pecados; no voy a mantener voluntariamente ninguno de ellos, sino que fuera con ellos, fuera con ellos; cananeos, hititas, jebuseos, todos serán echados fuera.”—

***“El ídolo más amado que he conocido,
Cualquiera que haya sido;
Ayúdame a derribarlo del trono,
Y adorarte solamente a Ti.”***

“Pero, ¡oh!, señor, no puedo hacerlo; sería como sacarme los ojos.” Ay, escucha lo que dice Cristo: “mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.” “Pero sería como cortarme un brazo.” Ay, mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que ser echado en el fuego eterno. ¡Oh!, cuando el pecador venga delante de Dios al final, ¿piensan que hablará como lo hace ahora? Dios revelará sus pecados secretos: el pecador no dirá entonces: “Señor, consideraba a mis pecados secretos tan dulces, que no podía renunciar a ellos.” Me imagino cuán diferente será entonces. “Señor,” me dicen ahora, “usted es demasiado estricto;” ¿dirán eso mismo cuando los ojos del Todopoderoso estén mirándolos airadamente? Ustedes me dicen ahora: “señor, usted es demasiado preciso;” ¿le dirán eso al Dios Todopoderoso en Su cara? “Señor, tengo la intención de conservar tal y tal pecado.” ¿Pueden decirlo en el tribunal de Dios al fin? No se atreverán a hacerlo en aquel momento.

¡Ah!, cuando Cristo venga una segunda vez, habrá un cambio sorprendente en la manera en que hablan los hombres. Me parece verle; allí está sentado en Su trono. ¡Vamos, Caifás, ven a condenarle ahora! ¡Judas, ven y bésale ahora! Hombre, ¿cuál es tu problema ahora? ¿Le tienes miedo? Vamos, Barrabás, sal; ve si te prefieren ahora en lugar de Cristo. Blasfemo, ahora es tu momento; has sido un hombre valeroso; maldícelo en Su cara ahora. Ahora, borracho, camina tambaleante hacia Él. Vamos, infiel; dile ahora que no hay Cristo: ahora que el mundo está encendido con Su rayo y la tierra es sacudida con el trueno hasta que sus sólidos pilares se doblegan: dile a Dios ahora que no hay Dios; riéte ahora de la Biblia; búrlate ahora del ministro. Vamos, caballeros, ¿cuál es el problema que tienen? ¿Qué, no pueden hacerlo? ¡Ah, allá los tienen; han huido a los montes y a las rocas: “y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono.” ¡Ah!, ¿dónde están ahora sus jactancias, sus alardes, y sus glorias? ¡Ay!, ¡ay!, ay de ustedes en aquel terrible día de maravillas.

Pecador secreto, ¿qué será entonces de ti? Sal de este lugar sin tu máscara; sal para examinarte, sal para doblar tu rodilla, sal para llorar, sal para orar. ¡Que Dios te dé gracia para creer! Y, ¡oh, cuán placentero es el pensamiento que hoy los pecadores han huido para refugiarse en Cristo, y los hombres han nacido de nuevo para Jesús!

Hermanos, antes de concluir, repito las palabras que han causado tanta polémica: es ahora o nunca, es *volverse o perderse (turn or burn)*. Lo digo solemnemente a los ojos de Dios; si no fuera la verdad de Dios, yo debo dar cuentas por ello en el gran día de rendir cuentas. Sus conciencias les dicen que es verdad. Llévanselo a casa, y burlense de mí si quieren; hoy estoy limpio de su sangre: si alguien no busca a Dios, sino que vive en pecado, yo seré limpio de su sangre en aquel día cuando demande sus almas de mano del atalaya; oh, que Dios les conceda que queden limpios de una manera bendita!

Cuando bajé las escaleras de este púlpito el domingo pasado o tal vez hace dos domingos, un amigo me dijo unas palabras que han permanecido en mi mente desde entonces: “señor, hay nueve mil personas hoy que no tendrán excusa en el día del juicio.” Eso es válido para ustedes también hoy. Si son condenados, no será por falta de predicación a ustedes, ni tampoco será por falta de oración por ustedes. Dios sabe que si mi corazón pudiera partirse por sus almas, lo haría, porque Dios me es testigo de cómo los amo a todos ustedes con el entrañable amor de Jesucristo.

¡Oh, que Él toque sus corazones y los lleve a Él! Pues la muerte es algo solemne, la condenación es algo terrible, estar sin Cristo es algo espantoso, estar muerto en el pecado es algo pavoroso. ¡Que Dios los guíe a ver estas cosas como son, y los salve, por Su misericordia! “El que creyere y fuere bautizado, será salvo.”—

**“Señor, escudriña mi alma, prueba cada pensamiento;
Aunque mi propio corazón no me acuse
De caminar con un falso disfraz,
Ruego el juicio de Tus ojos.**

¿La perversidad secreta se oculta adentro?

¿Cedo ante algún pecado desconocido?

Oh, vuelve mis pasos cuando me extravié,

Y condúceme en Tu perfecto camino.”

Notas del traductor:

(1) Se refiere al decreto del IV Concilio de Letrán del año 1215.

(2) La expresión *pasar el Rubicón* significa tomar una decisión grave y aceptar sus consecuencias.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #116 – Volumen 3

SECRET SINS